

---

## Una lectura filosófica de Lagarde

Intento en lo que sigue desarrollar el análisis filosófico de este estudio antropológico de la condición femenina, que constituye un trabajo exhaustivo y monumental del ser y el hacer de las mujeres de nuestro tiempo. Desde las mujeres y para las mujeres.

Un primer acierto de la obra es, a mi juicio, la creación del instrumento epistemológico para comprenderla: “cautiverios”, que no son opresiones sin más, sino opresiones específicas “genéricas”. Punto de arranque y base de la construcción de una teoría histórica que permita la lectura crítica de la experiencia vivida femenina, que parece ser el propósito de la autora.

Hasta épocas recientes, la sexualidad ha estado ausente de la historiografía, y su utilización devela incoherencias, contradicciones y análisis incompletos por parte de los historiadores de la “historia oficial”. Lo mismo sucede en otras disciplinas donde no se habla de sexo, por ejemplo en la mía, que es la filosofía. El análisis feminista, en cualquiera de sus perspectivas,

permite la entrada del gran ausente: el sexo. El análisis sexual de Lagarde devela una constante en

la vida femenina: la función del poder que encubre la sexualidad, el sexo y el erotismo.

La interdisciplinareidad que traen consigo los estudios de género, como éste que comento, también enriquece el análisis. Por ejemplo, la visión psicoanalítica explica carencias en la interpretación antropológica. Sabemos que “para una mujer, ser mujer no pasa por la conciencia” como apunta Lagarde. Y como este ejemplo pueden citarse muchos; la bibliografía consultada es muy completa.

Se requiere además del análisis teórico el empeño político para “historizar” lo que ha constituido nuestra pretendida naturaleza. Pues “naturaleza” no significa naturaleza; me explico: naturaleza en el primer sentido significa modo esencial de ser, en el segundo: materia del compuesto humano: cuerpo y espíritu; referido al cuerpo de las mujeres, que es naturaleza. En un sentido, naturaleza femenina se visualiza como esencia, en un segundo sentido —que no siempre se aclara— se relaciona con la materialidad (mater-madre) natural. Así, se “esencializa” nuestro ser material afirmando que estamos unidas a la naturaleza.

Atacando la idea del ser esencial femenino podemos combatir el poder, adquirir poder trastocando la consideración de nuestra naturale-

za, en el segundo sentido. Esta es la eficacia de los estudios de género, cambiar el sentido patriarcal de la teoría que orienta la práctica.

La cultura es nuestra naturaleza, la de los humanos. Constituida por la peculiar concepción del mundo, por los arreglos sociales que existen y básicamente por el lenguaje. Todo lo cual desemboca en "el contenido de la construcción histórica de los seres humanos" que Lagarde minuciosamente desconstruye en cada uno de los cautiverios a partir del lenguaje y las vivencias de mujeres, recogidas en una amplia investigación de campo.

Sin embargo, "La mirada etnológica, antropológica de las mujeres" utilizada en este estudio, debe suponer una distancia para analizar la cultura, nuestra cultura, sin considerarla "lo natural" para sujetarla a una crítica rigurosa, que es lo que se propone la autora. El análisis del lenguaje coloquial mexicano le permite desenmascarar sentidos ocultos de las palabras que encubren el poder sobre el sexo, el nuestro.

Finalmente, el fundamento del análisis es el feminismo. En una visión teórica que rebasa el intento primero de las mujeres, de alcanzar el estatus del opresor, y así pretender salvarse de la otredad. El feminismo de Marcela me parece

que va más por el empeño de comprender la propia especificidad del mundo femenino. Porque apunta que: "De ahí el lugar central que ocupan el pensamiento y la sabiduría de las mujeres, en la construcción de nuevas identidades" (p. 16).

Las fuentes para conocer a "la mujer mexicana", su imagen mítica, su inserción en la cultura judeocristiana, los avatares de nuestra historia, sirven, no para definirnos a las mexicanas; el propósito rebasa ese empeño inútil. Lo que se desea es mucho más ambicioso, a saber: "Construir una teoría histórica que permita aproximaciones a las mujeres reales, plantear problemas y dudas, y formular nuevas teorías". Es una empresa muy fuerte: la construcción de una teoría histórica feminista, o por lo menos en clave feminista.

La autora plantea el problema central de su investigación con toda claridad: la creación cultural de las mujeres, específicamente: "¿Qué hace a las mujeres semejantes y diferentes, y cuáles son los caminos de la diferencia genérica entre ellas; cuáles son las opciones de vida definidas genéricamente para ellas?" (p. 18)

Los ejes de esta investigación, "la hipótesis" de trabajo, son la sexualidad y la "definición de las mujeres en relación con el poder" (p. 19). Como apunté arriba, se

devela la sexualización del poder, en palabras de Foucault.

Se recurre a la teoría clásica, la de Beauvoir, que ha “esencializado” nuestro ser: “ser para otros”. Sí, pero en multitud de relaciones: con la divinidad, con los otros, desde la clase, la etnia, el género, la localización geográfica, la edad y más relaciones que seguramente se me escapan.

El concepto central: “cautiverio” como lo entiende la autora es: “la expresión político-cultural de la condición subalterna de la mujer”. Y esos cautiverios se clasifican en diversos órdenes. Madresposas es el cautiverio que valora la sexualidad procreativa y la relación positiva con el poder hegemónico. Putas expresa el erotismo negado a las madresposas; para sí, o especializado como “placer para otros” mediante el pago del servicio. Monjas que entregan su sexualidad a la trascendencia y en esa medida se unen al poder, fundamento de todos los poderes: el divino. Presas en un cautiverio sin eufemismos. Y locas transgresoras de la racionalidad masculina. El colectivo femenino reúne todos los cautiverios, el individuo femenino también, puesto que somos seres genéricos y en cada una de nosotras se reflejan la totalidad de los cautiverios. Cada uno analizado minuciosamente, a veces, me parece, en exceso.

En la base del análisis de Lagarde subyace la ontología dualista sostén de la visión patriarcal: femenino-masculino, espíritu-materia, racionalidad hegemónica-corporalidad femenina, público-privado. Dualidad que significa jerarquía, jerarquía que se traduce en diferencia de poder. Las mujeres son lo que no son los hombres. Ellos son el sexo-poder, ellas el sexo-cautivo. Sexo cautivo que se manifiesta en combinaciones infinitas, todas aquellas que cubren nuestra posibilidad de relaciones. Con la divinidad —trascendente— y con su encarnación en la tierra: ellos.

El feminismo es la contracultura. Se opone al sexo de dios y al de los hombres, para arriesgarse a vivir fuera del cautiverio y en esa medida alcanzar la libertad genérica. ¿Cuál puede ser esa libertad, fuera del cautiverio?

Como una condición necesaria, aunque no suficiente, Lagarde plantea “la desestructuración de la identidad femenina”. Una identidad que, como vimos, no pasa por la conciencia, en el sentido de que no es autoconstruida. Obviamente, estructurada por la relación con los hombres. Los cambios de identidad responden a cambios políticos, en los géneros. Las crisis de identidades genéricas que requieren nuevas estructuraciones, para mejor o para peor.

Y es a partir del feminismo contemporáneo que se desprende la tesis básica de Lagarde: “la mujer es la síntesis histórica de sus determinaciones sociales y culturales y las mujeres lo son de sus condiciones específicas y concretas” (p. 774). Los cambios en su condición la modifican, y pueden hacerlo a tal grado que la categoría ‘mujer’ que arranca del patriarcado, desaparezca. Y esta es la utopía que ofrece el feminismo.

### *Cuestiones pendientes*

Y las mujeres son “felices” en sus cautiverios, nos dice Marcela. Pienso yo que eso no es posible, a menos de que la palabra felicidad se reduzca a su mínima expresión y pueda ser sustituida por cualquier otra. (p. 20)

Las mujeres en los cautiverios no podemos ser felices. Muchas logramos salir de los cautiverios, pero en salvaciones personales que no afectan —desafortunadamente— los cautiverios de las otras, porque el genérico no se modifica.

En cuanto a la creación de una teoría de la historia, me declaro incompetente para descubrir si se logró el intento de la autora de la creación de tal teoría, dejo el análisis a las que sí conocen los fundamentos y las dimensiones de esas empresas culturales.

Se puede pensar que captar la vida en su riqueza —la vida femenina que nos describe minuciosamente Marcela— es una pasión inútil, forzosamente el mosaico se vuelve estático, arquetípico y tal vez repetitivo sin demasiada flexibilidad. Sin embargo, la minuciosidad también tiene sus ventajas. Se puede aprender exhaustivamente de cada una de las categorías que describe Lagarde de la vida femenina y constituir estas descripciones catálogos útiles para investigaciones futuras.

Lagarde habla de un “humanismo de fondo” que supera los antagonismos, la visión ontológica dualista a la que antes hice referencia. No estoy de acuerdo en que el feminismo sea un humanismo nuevo; el humanismo es patriarcal, es la encarnación de lo patriarcal. Es el paradigma del padre, del patrón y del padre eterno. Lo humano es lo masculino en este paradigma. El feminismo es un nuevo paradigma que no puede utilizar las categorías tan gastadas, como “humanismo”. Habrá que crear nuevas.

Tampoco pienso que debemos, en sus palabras: “poner la sexualidad en otro sitio de la identidad de las mujeres que no sea el principal, ... por la resignificación de la maternidad como un hecho social y cultural y su consecuente desestructuración como experiencia natural definitiva, individual

y privada de las mujeres” (p. 797). Creo que la sexualidad no puede desplazarse de la centralidad de nuestras vidas y que para nosotras la maternidad-maternalidad es una condición definitiva.

Y para esto me apoyo en otra idea de Lagarde: “Si en cada mujer hay una madre interior en lugar de una niña sin madre, las mujeres dejarán de relacionarse con los otros en la búsqueda de consolar su orfandad...” (p. 802). (Remito a mi trabajo sobre la “Educación matrilineal”).

Finalmente creo que hasta ahora las mujeres nos hemos potenciado individualmente, aun no como colectivo. El problema del poder para las mujeres sigue centralizado en posibilidad del “pacto” de la unión del colectivo femenino

—creo yo—, fundamento de la posibilidad de igualdad, de libertad y democracia para los géneros.

El estudio monumental de Marcela Lagarde —del cual he intentado esta primera lectura filosófica— es una contribución muy importante en nuestro país, para la realización de la utopía feminista.

### Graciela Hierro

Marcela Lagarde, *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, Colección Posgrado, 851 pp.

Mención honorífica y el Premio Mauss a la mejor tesis en su ramo doctorado de Humanidades, en el año de 1990. Premio en efectivo y publicación inmediata.